

GERMAN COLMENARES, *Las convenciones contra la cultura*. Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1987, 202 págs.*

Colmenares, nacido en 1938 en Bogotá, en 1971 promovido a Doctor en París y actualmente profesor de Historia en la Universidad del Valle (Cali, Colombia) y destacado académico de su país, es sin duda alguna uno de los más renombrados historiadores de América Latina. En los años 1985/86 utilizó su permanencia en Cambridge (Inglaterra) -donde se desempeñó como profesor visitante- para escribir una serie de ensayos sobre la historiografía latinoamericana del siglo XIX, los que aparecen ahora publicados en el libro que comentamos.

Colmenares se ocupa de un campo de trabajo que hasta ahora en la historiografía latinoamericana ha encontrado poca atención. La importancia de este trabajo no es tan sólo el hecho de que mediante un análisis empírico de la historiografía del siglo XIX se hace un gran aporte de la historia, es decir, se aclaran los fundamentos y las formas propias de hacer historia allí, sino que también y, más allá de ello, responde a problemas didácticos y genuinos interrogantes políticos. Pues, tal como el autor lo expresa, en la historiografía del siglo XIX se trata de "una imagen primigenia de nuevas naciones sobre sí mismas... (que) sigue siendo enormemente influyente. En la trama de los acontecimientos elegidos en ese entonces sigue reconociéndose la individualidad de cada nación, los rasgos distintivos de una biografía colectiva." (p. 11-12). Los historiadores latinoamericanos del período postindependentista buscaban sus modelos de investigación y de exposición en el mundo europeo, especialmente en Francia, así, "América latina ha mantenido obstinadamente un monólogo cuyo tema invariable ha sido el pensamiento europeo" (p. 13). Ellos contribuyeron a que en la conciencia histórica de sus pueblos, tal como se dice en el título de su libro, se levantaran "convenciones" contra la historia y cultura autóctonas, que le daba forma a las emergentes naciones.

El gran tema para los historiadores de América Latina en el siglo XIX era el movimiento de Independencia, el que era considerado, por decir lo menos, como el punto cero de la historia (p. 96). En su intimidad se sentían estos historiadores como herederos directos de un hecho de trascendencia mundial, gracias a las revoluciones latinoamericanas, "que parecían ponerlos en posesión de la

* Esta reseña apareció originalmente en: *Internationale Schulbuchforschung*, Jg. 11, 1989, págs. 81-83. Traducción: Miguel Camacho A.

historia" (p. 19). Escribir historia no era tanto una investigación objetiva y serena, como sí mucho más tarea política, transmisión de un cuerpo de creencias (p. 22), en pro de legitimar e impulsar con un cierto sentido el proceso de emancipación política y la construcción de la nación, tras el rompimiento absoluto con la historia colonial española, oscura y clerical. Este proceso de politización de la historia resultó favorecido gracias a las peculiares vidas de los historiadores, quienes jamás fueron especialistas en esta profesión. El chileno José Victorio Lastarria, por ejemplo, fue cofundador del partido liberal de su país; José Manuel Restrepo, cuya *Historia de la Revolución de la Nueva Granada* apareció en París en 1827, actuó como ministro del interior de la Gran Colombia; Federico González Suárez, autor de la *Historia general de la República del Ecuador*, era Arzobispo de Quito y, finalmente, Bartolomé Mitre, uno de los más destacados historiadores del siglo XIX y quien, quizás, más se acercó a la concepción de la escritura de la historia como disciplina moderna especializada, orientada hacia las fuentes, fué presidente argentino.

Según Colmenares, esta conjunción de compromiso educativo político, conciencia de élite y francofilia produjo un singular "sentido de extrañamiento de la propia realidad" (p. 92) que se refleja tanto en el contenido como en la presentación formal de la historia. De manera análoga al modelo francés de la Revolución, señalaban a los círculos y clubes urbanos, de carácter jacobino, como las fuerzas impulsoras del movimiento de independencia. Al mismo tiempo ignoraban totalmente los gauchos de las pampas argentinas. La población indígena era aún peor tratada: se le consideraba como pueblo-sin-historia. Por ejemplo, Lastarria consideraba la herencia cultural indígena como un conglomerado sin forma, que había que superar a la mayor velocidad posible, a fin de lograr un desarrollo moral más elevado. De esta manera los indígenas se convirtieron en extraños en las historias nacionales.

Muy revelador es que Colmenares deduce este proceso de formación de la identidad histórica no solamente del eurocentrismo ideológico de los historiadores latinoamericanos del siglo XIX, sino que también establece relaciones con la forma de escribir historia a la que se acogieron los historiadores allí. Especial significado tuvo en este sentido la ideología romántica, es decir, el intento de dibujar un "epos patriótico" mediante una presentación de la historia semejante a la novela (p. 137). Los hechos se dramatizaban, el comportamiento de los actores ganaban valor ejemplar, la biografía, tratada con gran deferencia, aparecía como "microcosmos" (p. 139), en el cual la suerte del héroe representaba el destino de la nación. Apoyado en la historia del héroe San

Martín, escrita por Mitre, demuestra Colmenares cómo esta concepción de la representación se evidencia hasta en la descripción de la fisonomía del héroe: Frente a los bárbaros caudillos, San Martín encarnaba, según Mitre, el orden natural y progresista de la historia, definido según conceptos matemáticos y racionales y de acuerdo con ello se encontraban sus rasgos: "la cabeza poseía 'líneas simétricas', las cejas formaban un 'doble arco tangente', la nariz se proyectaba como 'un contrafuerte que sustentase el peso de la bóveda saliente del cráneo'..." (p. 142).

De esta manera, y en un doble sentido, la escritura de la historia se convertía en prefigurativa. Así, como en este ejemplo, la figura histórica real desaparecía tras un monumento que se le construía delante; igualmente se construía toda una historiografía, no definiendo la realidad sino anticipándola (p. 200) con la excusa de construir una nación. Los héroes nacionales aparecían allí como figuras centrales de identificación, ya que tanto el pasado colonial como la herencia cultural eran rechazados frontalmente y negados como fundamentos de posibles legitimaciones. Y en tanto que historiografía -argumenta Colmenares, siguiendo a Hayden White- dramatiza, es decir, inspecciona el pasado según la moral de la acción, los impulsos personales y el "drama interno" de los actores (p.184). En últimas, tal como en Restrepo, historia teatralizada por excelencia, les faltaba también el potencial lingüístico para entender los acontecimientos de otra manera. En el "lenguaje de la pasión" (p.180) de Restrepo, por ejemplo, la historia de los indígenas es inenarrable. Por otro lado, la complejidad de la historia se pierde en su totalidad. Cuestiones histórico sociales o culturales, no eran contempladas por estos historiadores, con excepciones, como en el caso del boliviano Gabriel René Moreno.

El valor de este trabajo de Colmenares estriba en que se preocupa en lograr una interpretación diferenciada de la historiografía del siglo XIX, busca entenderla en su contexto contemporáneo, sin condenarla en su totalidad, como sucede frecuentemente en la historiografía de orientación marxista en América Latina. El amplio espectro de la historiografía de aquel entonces no logra ser contemplada en este corto trabajo, especialmente no se incluyó la historiografía centroamericana que presenta algunas peculiaridades. Al respecto se puede nombrar, por ejemplo, el trabajo del historiador guatemalteco Batres Jaúregui (1893) sobre las comunidades indígenas, que a pesar de todas las prevenciones "liberales" (es decir, eurocentristas) intentó realizar una historia de la cultura. También en la historiografía de la región se valoraban y se valoran de manera diferente los caudillos, posiblemente como consecuencia de la ausencia de líderes independentistas carismáticos.

Por otra parte, en el trabajo de Colmenares es de importancia mencionar el intento de aplicar nuevos conocimientos y métodos de la historia y de la lingüística; en tanto el autor no se limita a describir las ideas preconcebidas de los historiadores de entonces, vale decir, reproducir lo más o menos ya conocido, sino presentar especialmente el juego entre la selección temática y la presentación formal. Lo cual de paso determinaba también la selección de las fuentes: el alma de la historia y la emoción de la acción, según Mitre, se desprende antes que nada de la correspondencia personal de los héroes. De esta manera la investigación gana en interés y transmite al lector nuevas conclusiones.

Cerramos mencionando una última impresión: la tan cerrada visión eurocéntrica es, como lo ilustra Colmenares, privilegio no exclusivo de los europeos. Por lo tanto, el trabajo que estamos considerando, sobre la historia de la historiografía latinoamericana, ayuda a arrojar nuevas luces sobre la muy discutida teoría de la dependencia.

MICHAEL RIEKENBERG, Georg Eckert Institut für internationale Schulbuchforschung, Braunschweig, R.F.A